



# LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Méndez Alvaro, 2, 1.º - Apartado 547.

Horas: de dos á cuatro de la tarde

## SUMARIO

- VICENTE VEGA  
Sección vermouth.
- F. IGLESIAS FIGUEROA  
La musa enferma.
- CARLOS MIRANDA  
Nuestras crónicas:  
«Las menores».
- JOSÉ QUÍLEZ  
La virgen del pecado.
- FIDEL PRADO  
Mi amada.
- JORGE COURTELINE  
La penitencia.
- M. VELASCO TORQUEMADA  
La evocación.
- ADOLFO LLUCH  
El idiota.
- ANTONIO CINTOS SANTIAGO  
La caída de las horas.
- M. GARRIDO, CARLOS, CHER,  
TINO Y MENDA
- Varios dibujos y retratos de  
José Quílez y su familia.

## CARAS BONITAS



Ni sabemos cómo se llama esta señorita, ni ha querido decirnoslo. Sabemos, eso sí, que es una estupenda artista á quien el público ~~de Roma Republicana, de Madrid~~ le estimule la «claque». Esta artista trabaja sin «claque»... y sin padre.



## ABRIL

Prodiga sus deleites y esplendores  
sobre Madrid la virgen Primavera...

M. REINA.

Hada hermosa, sublime hada, la blanca y aérea visión, la Primavera, la buena estación... Todas estas cosas vienen diciendo hace una porrillada de años los poetas, seres privilegiados que viven la Primavera en su fantasía. El resto de los mortales, aquellos que jamás logramos rimar un soneto en «cante», nos vemos obligados á llevar camiseta de punto en Abril y á no soltar el paraguas.

Por regla general, en Abril llueve á cántaros y hace un frío «impropio de la estación», según la frase; y los poetas repiten, sin embargo: Primavera, la

### EN EL LIMPIABOTAS



Biblioteca Regional de Madrid

—Queda bien negro el ribete!

infancia del año, hada eterna y dichosa, toda sonriente... ¡Primavera!... ¡Ah, si todos fuéramos poetas!...

Al nacer Abril, lleva la Primavera once días de vida; pero parece que hasta entonces no comienza la bendita estación; y digo bendita porque, á pesar de todos mis reniegos (1), reconozco que no hay estación más encantadora: el césped vibra con el latido de su germinación, las margaritas son ya flores más complicadas, y tienen blancura de armiño, amarillo de oro, alto y cimbreante tallo, que la brisa se place en mecer cariñosamente..., y las violetas asemejan ojos azules que nos miran desde la verde hierba; ojos escrutadores, preguntones; ojos de mozuelas de quince años..., y los granos se posesionan de la nuca de la bien amada. ¡Oh, Abril, mes de las erupciones!...

Lo cierto es que la mujer, que en verano emigra, en invierno se tapa con pieles ó toquillas; en otoño está histérica perdida, en llegando Abril «se destapa». Tocada con la negra mantilla (también se toca de otras muchas maneras), acude en Semana Santa á los Divinos Oficios, y convierte al mahometismo al cristiano más recalitrante; luego se pone la mantilla blanca y un manojo de claveles é inaugura la temporada taurina... ¡Ah! En este mes creo que se abren las velaciones; es decir, que se inaugura otra temporada taurina...

En Sevilla comienza la feria, y aque-

(1) Están muy justificados; yo con ustedes no tengo secretos, y les confesaré que á causa de las últimas lluvias y del mal estado de mis botas, he cogido un calzado que ¡ya!, ¡ya! Por eso no les extrañe si estas botas no tienen la gracia debida. Como de la Sierra, de nuestra gran montaña, ha dicho que, «cuando se está con el pie en el agua...»

llo es el delirio... Y no lo digo por la bella bailarina de este nombre que actúa en uno de los «concerts» de la capital andaluza; en Valencia hay también fiestas con motivo de su santo predilecto, San Vicente Ferrer, mi santo patrón... Y si no fuera por la trapatista que han armado los hijos de... kaiser Wihllen, en París la estaría gozando ahora «Mimi Pinson», yendo de Montmartre á Batignolles, y de aquí á Monttrouge, y luego á Neuilly, con el «cochon» de pasta prendido en el pecho...

Quedamos en conclusión que, pese á mis protestas del principio, la Primavera es una estación deliciosa que á todos nos hace un poquitín poetas. ¿Quién, al anochecer de una tarde de Abril, no ha intentado decir algo «que pegue» á unos ojos azules?

Sólo el nombre de Primavera es ya un poema; un poema sin versos ni frases escogidas, pero que en su misma palabra sintetiza cuanto de bello y lírico puede inventar la imaginación. Decimos Primavera, y la palabra nos suena como un canto sonoro. Y es un canto tan elocuente, que todo lo dice, todo lo evoca: la flor, el amor, la esperanza, la alegría, la promesa, la ilusión... Todo aquello precisamente que es luz y halago, compendio de dicha y anhelo del alma...

En la Primavera, además, vió la luz el primer número de LA HOJA DE PARRA... ¡Efemérides gloriosa!

Y en la Primavera, también, hay muy pocas ganas de trabajar...

VICENTE VEGA.

## LA MUSA ENFERMA

A Marichu.

Recógeme en tus brazos, virgen impura;  
tame el divino aliento de tus placeres;  
apaga con tus besos mi calentura,  
borra las caricias de otras mujeres.

¡Tus besos locos tienen veneno,  
y emponzoñan con ellos al que te besa;  
pero á mí no me importa que me envenenen  
por la divina boca de vampiresa.

¡El fuego malsano de tus caricias,

## COLMOS Y CHISTES



—El juego favorito de los negros es el domínó. A mí, por lo menos, me gusta para tener la ocasión de «cerrar á blancas».

Aunque no gocé nunca de tus primicias,  
muñeca emponzoñada, ven á mis brazos.

No me importa que diga la gente necia  
que haces de tus placeres vil mercancía,  
porque yo estoy seguro de los ameres  
de tu alma inmaculada, que es sólo mía.

¡Amores!... No los quiero: sólo placeres  
que de mi triste vida turben la calma.  
¡Amores!... No los quiero; sólo placeres,  
que reanimen el fuego muerto en mi alma.

Gocemos de placeres extenuantes;  
dejemos un momento los corazones;  
matemos el pasado de nuestras vidas,  
llenas de dolorosas renunciaciones.

Olvidar el pasado con el presente...  
es ya la única cosa que nos consuela;  
llenemos nuestras almas de goce y vino;  
¡até nuestras memorias la borrachera!

Refúgiate en mis brazos, virgen maldita;  
aleje vuestras penas tu risa loca;  
¡miremos el fracaso de nuestras vidas;  
¡miremos la risa que hay en tu boca.

## NUESTRAS CRÓNICAS

## DE LOS BARRIOS BAJOS

## Las "menores,,

«En 1915, se casaron en Alemania veintinueve hembras menores de diez y seis años.»

(De una estadística oficial.)

ME choca que en Alemania, donde llegan las mujeres á la edad de los placeres más tarde que en nuestra «Hispania»;—donde la nubilidad se retarda en el camino, porque al sexo femenino le falta precocidad;—donde las «menores» son, á los diez y seis abriles, como los guardias civiles (por la configuración rígida de sus figuras) cuando van marcando el paso, y á ello se debe el retraso físico de esas criaturas;—me choca, digo, y me



—Por Dios, Paco, no te pierdas. ¡Me da horror la sangre!

—Y á nosotros.

## LA ORDEN



—A Pete ó á Carlos, que pasen, pero ni don Mariano ni don Senén, no. ¡Ya lo sabes! Hoy no

extraña que en el Imperio germánico sientan ese amor volcánico propio del suelo de España, donde (por virtud del sol, que enardece á las doncellas) el que se casa con ellas suele dar en... caracol.

¿Cómo así el pecho se inflama de las vírgenes tudescas, si debían ser más frescas que el viento del Guadarrama?

¿Con qué motivo, razón, causa, excusa ni pretexto quieren consagrar al sexto (dicho sea con perdón) la edad de la juventud, que un vate—por lo florida—llamó, con exactitud, «primavera de la vida»?...

Yo—la verdad—no me explico por qué esas jóvenes blondas se ponen tan... tan verriondas en cuanto que ven á un chico; pero (aunque ya no lo soy), pensando en la edad temprana de esas rubillas, estoy por decir á gritos hoy:

—¡Venga una chica alemana!...

## LA VIRGEN DEL PECADO (1)

## OFRENDA

¡María, mujer más misteriosa que las otras mujeres; criatura divina, mezcla de virtud inabordable y de lujuriosa perversión, escucha al poeta...

Toda tú: el encanto mortal de tus ojos negros, el hechizo de tu cuerpo bronceado, tus deseos insanos de pecadora, que no sabe del pecado; toda tu vida que se abrasa en el fuego implacable de una voluptuosidad sólo soñada, va en estas páginas, y, con ellas, una pasión salvaje que nació entre tus labios de vampira loca...

Seguía la juerga, cada vez más animada, más estruendosa, con esa alegría falsa que produce la borrachera; rodaban por el suelo las botellas, una vez vacías, y fumaban hombres y mujeres con obstinación tan brutal, que por momentos la atmósfera del reservado se hacía irrespirable.

En la habitación amplia, adornada con cromos y figuras de una obscenidad absurda, que la daban cierto aspecto de burdel aristocrático, rodeada de largos divanes, donde cayeron tantas mujeres borrachas por el vino y la lujuria, toman asiento hasta cuatro señoritos chulos y tres mujeres envueltas en pañolones chinoscos, despeinadas, con las ropas en desorden y los ojos medio entornados por el cansancio de todo un día de desenfundada orgía...

En el centro, junto a la mesa, ocupada por platos y botellas vacías, un hombre templa la guitarra, y una mujer entona por lo bajo la copla a modo de ensayo.

Morena, con ojos negros que dicen pasiones de gitana andaluza, con sus cabellos de ébano, que, como serpiente, bajan por su frente; con todo su cuerpo, que huele a claveles rojos, y que dice de toda una raza árabe, la cantadora espera el momento.

Las manos canallas del chulo rasguean las cuerdas de la guitarra, y del fondo de ésta, como un rumor brujo de sollozos y besos, salta un torrente de notas melodiosas, que son pesares, que hablan de mujeres malas, que destrujan el corazón como un presentimiento fatal...

Y la cantadora, entornando los ojos, poniendo las manos sobre las rodillas, adelanta un poco el busto fuerte, poderoso, de hembra meridional, y de su garganta, enronquecida por el alcohol, sale la copla, pujante, bravía, como un lamento de mujer celosa...

«¡Mira qué pena, qué pena, que ya no me quieres ver, ahora que me vuelvo buena!»...

Por la calle, y acariciado por un furioso vendaval y un torrente de agua,



JOSÉ QUILEZ

marchaba Alberto Quiroga envuelto en su azulada capa, con el frégoli sobre la cara para resguardarse de la lluvia en busca de la casa de huéspedes.

Al pasar frente al colmado, la voz sonora de la cantadora llegó a sus oídos, estremeciéndole como una puñalada...

Se paró bruscamente, y escuchó... ¡No había duda: era ella, su María, aquel pedazo de su alma, que él, bohemio, lleno de romanticismo, soñó poseer como un tesoro!... Y sin pensarlo, llevando en sus venas el azote trágico de los celos, atravesó el colmado, con la sorpresa natural de la dependencia, y de dos saltos se encontró ante la puerta del reservado, que abrió de un terrible empujón.

Un fantástico juramento saltó de sus

labios rabiosos... Allí estaba... Allí estaba, tirada en una silla, con la cabeza apoyada en el respaldo, y las manos, aquellas manos que siempre rechazaron sus caricias, agarrotaban la cabezota absurda de uno de los borrachos, que, babeando lujuria por su boca de sapo, abrazaba con furor vesánico el cuerpo de la adorable mujer...

La agresión fué rápida... Un botellazo terrible, una blasfemia horrorosa, un aullido de dolor, y Alberto, abrazando el cuerpo de su amante, salió de aquel ambiente de prostíbulo, mientras el borracho, jurando espantosamente, metía la cabeza, abierta por el golpe, en un cubo lleno de vino...

Seguía lloviendo...

La pareja marcha calle abajo... Ella, con ironía cruel, lanza sobre Alberto los más indecentes insultos: «¡Chulo,

### LO QUE ELLAS QUIEREN



—¡Oiga usted! mi súplica, señorita!

—No, no Me molesta usted. Y, por otra parte, si yo le escuchase, ¿a qué «restaurant» iríamos?

Biblioteca Regional de Madrid

### LA MENDICIDAD



—Señerito: que la señorita viva muchos años!

—No; que entonces me veré como tú...

asqueroso! ¡Cuándo me vas á dejar en paz! Y se ríe, con esa risa estrepitosa que da el vino...

Y Alberto, loco, furioso, agarrotando el brazo de la mujer querida, solloza, y en sus labios hay frases que dicen de un poema de desencanto...

—¡María, María!... ¡Qué clase de mujer eres? ¡Qué misterioso enigma encierras en tu alma? ¡Por qué unas veces, remedando á una virtud espartana, rechazas pudorosa mis caricias, que son sinceras, que son una vida consagrada á tu adoración, y otras entregas tu boca de corales, como ramera vulgar, á los labios babosos de cualquier borracho?... ¡Habla, habla! ¡No calles!—grita amenazador...

María lo mira con ojos extraviados por la borrachera; una palidez cadavérica se extiende por su cara morena, y de sus labios, hechos para enloquecer á los hombres, salta un torrente de vino negruzco, mezclado con inmundicias, que manchan sus vestidos.

JOSÉ QUILEZ.

# MI AMADA

## I

Es mi novia una moza morena y espigada,  
de cuerpo delgadito y atildados andares;  
sus ojos, aunque chicos, son grandes luminares  
que todo lo iluminan con su clara mirada.

Es vulgar su belleza; no es perfecto su encanto.  
En aquel que la trata no despierta pasiones;  
por su lado han pasado distintos corazones,  
sin que alguno sufriese del amor el quebranto.

Como rosa que oculta su cáliz oloroso  
entre un amplio macizo de bosque frondoso,  
así su alma inocente su ternura escondía,

esperando que otra alma, cual la suya de humana,  
buscando algo más bello que la máscara vana  
fuese digna de ella, y... se encontró la mía.

## II

Vulgar y sin encantos, me enamoré de ella.  
Era ingenua y sencilla, de un hablar candoroso.  
¿Qué pude hallar oculto en la muñeca aquella  
para sentirme preso de amor tan poderoso?

Fué una voz ignorada que me dijo al oído:  
«Amala y no vaciles, que es tu sueño dorado;  
funde en ella tu alma; haz con ella tu nudo,  
que esa es la compañera que tu mente ha soñado.»

Y la amé con locura, descubriendo á medida  
que á su lado pasaba insensible mi vida  
dechados de ternura, un alma de «Musetta»,

aunque pobre y vulgar; su cariño sincero  
fue mi musa inspirada; por eso la venero,  
por eso la idolatro... ¡Por eso soy poeta!

FIDEL PRADO.

# DEL CERCAADO AJENO

LOS GRANDES CUENTISTAS

## LA PENITENCIA

EL cura Bourry acaba de cerrar la puerta de la vieja iglesia, y permanecía inmóvil, esperando... mientras bajo la sotana, algo corta, aparecían los zapatos adornados con sendas hebillas de plata.

—¡Eh, señor cura, deseo confesarme!—decía á grandes voces una mujer que se acercaba rápidamente. Era Claudina; iba anhelante y sudorosa por lo mucho que había corrido.

El anciano clérigo hizo un gesto de impaciencia.

—Dios la bendiga—dijo—. ¿Es hora ésta de venir á confesarse?

—No he podido acudir antes—contestó la mujer

El sacerdote se incomodó.

—Lo siento; venga usted otro día. Después, conmovido por la mirada llorosa de Claudina, añadió:

—¡Ah! Siempre la misma canción: para vosotras, las vacas y los cochinos son lo primero; después, Dios, si el tiempo lo permite. Vamos, buena mujer, dejémoslo para la semana próxima. Hoy ceno en el castillo; me esperan á las seis, y no puedo perder tiempo. Buenas tardes.

Claudina comenzó á fingir que sollozaba.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío! ¿Qué desgraciada soy!... ¿Y si ahora me muriese!...

El buen hombre vaciló un segundo entre el sentimiento del deber y el temor de llegar tarde á casa de sus huéspedes; pero, al fin, el primero se impuso.

Con la boca y el ceño fruncido, volvió á abrir la puerta, y, uno tras otro, la aldeana y el cura penetraron en la iglesia. Ante un humilde altar mayor adornado modestamente, el eclesiástico puso una silla, una silla de paja cogida al pasar por entre la fila de asientos de la nave, y después de sentarse, dijo:

—Arrodillese usted.

Claudina obedeció.

—Haga el signo de la Cruz. Diga el «Confiteor».

Claudina masculló su plegaria á toda prisa, y con el tonillo monótono de un chico que repite su lección. No se detenía, y el cura tuvo que intervenir.

—Está bien. Dígame sus pecados.

Claudina guardó silencio.

—Hija mía, se lo suplico; ande usted pronto—agregó el sacerdote impaciente—: no tengo un minuto que perder. Vamos, usted no ha matado, ni robado á nadie, ¿verdad? Entonces, ¿qué? ¿Ha sido usted mentirosa golosa? ¿Ha dejado usted de practicar sus oraciones y tenido pensamientos contra la honestidad? Pues bien, váyase en paz, y no vuelva á peccar. Yo la doy la absolución..., etc.

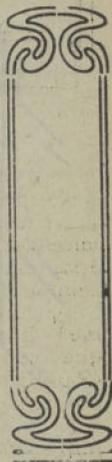
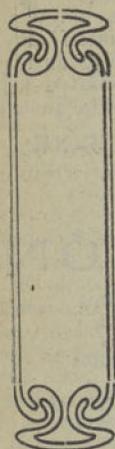
## DE SUENO LIGERO



—Anda; déjale en mi habitación, que luego vendré á dormir

—¿A qué hora quiere el señorito que le llame?

—A ninguna. Probablemente



—¿Sabes de qué clase son estas peras?  
—Sí; de las otras...

Ya se lavantaba, cuando la penitente, siempre arrodillada, murmuró:

—He hecho mucho peor que eso, padre.

—¿Sí? Dígalo entonces; la escucho.

—Pues bien, padre mío—dijo Claudina bajando la nariz—: yo... yo... he traicionado á mi marido.

—¡Uf!—exclamó el cura—. ¡Ah! ¿Qué es lo que dice usted? ¿Qué escucho?

Los brazos se le cayeron. El exceso de su estupor fué tal, que venció al secreto de la confesión.

—¡Usted también!... ¡Usted también!... Eso solo nos faltaba!... ¡Primerero, Juana Marechal; ahora, usted. Dios la bendiga... Váyase.

Las palabras le faltaban. No obstante, preguntó:

—¿Cuándo ocurrió esa desgracia?

—Hace un mes, padre mío... ¡Hace un mes que la conciencia no me deja dormir!...

—¿Y cuántas veces ha visto usted al culpable?

—Once veces...

La cifra le pareció enorme. Elevó las manos maldicientes, y ya abría la boca para anatematizar, cuando sonaron las cinco y tres cuartos; tres golpes que se dilataron en el eco seno o de la iglesia, con ese timbre rítmico propio de los relojes de villa-

rrio. Llamado á la realidad, habló atropelladamente; y deseando concluir:

—¡Se arrepiente usted, al menos?

—¡Sí, me arrepiento! ¡Sí, me arrepiento!—repuso ella sollozando.

—Pues bien: vuelva usted á su casa—dijo el cura—y rece allí cuatro «Pater-nosters» y cuatro «Ave-Marías», y venga usted á comulgar mañana. Vamos, hija mía...; vivo...; apresúremonos.

Recogió su canoa, que había dejado en el suelo al pie de la silla, y se levantó.

En aquel momento, sobre el cuadro iluminado de la puerta abierta, apareció una nueva silueta: la de Juana; Juana Marechal, rubia y regocijada, y tan pródiga de seno, que apenas podía abrocharse el corpiño.

El cura protestó:

—¡No! ¡Ah, no! Esto es demasiado.

Pero Juana se acercaba tranquilamente... También ella quería confesarse, y en broma dijo que si eran ahora los clérigos quienes impedían á sus feligreses el cumplimiento con los sagrados deberes.

Convencido y exasperado, el buen sacerdote se dejó caer pesadamente sobre la silla, y empezó la confesión. —¿Qué? ¿Qué?—repetía el cura—. ¿Qué tiene usted que decirme?

## REPARANDO EN PELILLOS



—Yo creo que esta es la ocasión; pero la ocasión la pintan calva, y antes me ha parecido ver que no tiene nada de calva...

¿Ha vuelto usted á burlar á su marido?

Juana, sin desplegar los labios, hacía signos afirmativos. Y él murmuraba:

—¡Ah, desgraciado país! ¡Desgraciado país!

Luego agregó:

—¿Desde cuándo engaña usted á ese pobre diablo?

—Hace un mes.

—Lo presumía... ¡Ah, maldita Primavera!... ¡Maldita Primavera!... ¡Y ¡¡ cuántas citas ha acudido usted, desgraciada!

—A siete, padre—contestó Juana.

El anciano cura pareció muy desconcertado, procurando establecer una proporción equitativa entre la penitencia que había impuesto á Claudina y la que impondría á Juana.

—Veamos: once es á siete como cuatro es á  $x$ . La mitad de once...; la mitad de once... ¡Dios la bendiga á usted, pecadora!... La mitad de once es cinco y medio, y la mitad de siete es...

Pero en el reloj sonaron las seis.

Entonces, dió un brinco, y puesto en pie, como si hubiera recibido un latigazo:

—¡Ah, buena mujer—exclamó—, se

equivoca usted si cree que tengo tiempo de ocuparme en operaciones algebraicas... Ande, ande; vaya usted á su casa... Diga usted allí cuatro «Pater-nosters» y cuatro «Ave-Marías», y aunque usted otre cuatro veces, no importa... Es la cuenta justa.

JORGE COURTELINE

## EVOCACIÓN

La fuente placentera murmuraba,  
y de sus notas, la dulzura extrema  
iba tejiend en mi dolor un lema  
que, cual milagro santo, me aliviaba.

La muerte que ante mí se agigantaba,  
con su guadaña, que al tocarnos quemaba,  
huyó despavorida ante el emblema  
que mi pasado amor le presentaba.

Mis rochilas postráronse de hinojos,  
y quise musitar una plegaria  
que diera luz á tus cerrados ojos.

Mas apagó la fuente sus rumores,  
y empezaron en mi alma solitaria  
á trabajar de nuevo los dolores.

MIGUEL VELASCO TORQUEMADA

## EL «REGISEUR»



—Al presentarse al público, hay que decir...

—Sí, sí; cor-sejos vendo...

# EL IDIOTA

I

La «Fragosa» frisaba ya en los cuarenta, pero por su naturaleza, sana y robusta, y su rostro agraciado, era todavía una mujer apetecible. Desde hacía algún tiempo corrían por el pueblo los rumores de que don Félix, el alcalde, la protegía monetariamente á cambio de ciertos favores que de ella conseguía.

El marido de «La Fragosa» había emigrado á América cuando la pérdida de las cosechas los dejó en la miseria, y se vió imposibilitado de atender á la manutención de su mujer y su hijo. Nadie sabía de él, y aunque se pretendió demostrar que recibían dinero de allá, la gente maliciosa consiguió averiguar que de «allá» no venían noticias ni dinero, y, sin embargo, «La Fragosa» no tenía ahora necesidad de recurrir á la caridad del pueblo, como hacía antes, para ir viviendo. Esto y el haber sorprendido varias veces al alcalde en conversaciones reservadas con la aludida, dió lugar á que la maledicencia del pueblo, ávida de ruines murmuraciones, propagase aquellos rumores, que cada día se acrecentaban con más verosimilitud.

Andrés, el hijo de «La Fragosa», era un infeliz idiota de veinte años, á quien se motejaba con el sobrenombre de «El Lirón», y que en todas partes era objeto de burla y escarnio por sus incongruencias; que la gente del pueblo celebraba en vez de compadecerle. Algunas veces se había puesto furioso y amenazador por la actitud irritante de los mozos; pero su justa indignación se trocaba en llanto infantil tan pronto como cualquiera de ellos le demostraba brutalmente su inferioridad física derribándole de una violenta bofetada. Entonces, el desgraciado tartamudeaba invariablemente, gimoteando:

—¡Me... me pagas por... porque estoy enfermo, que... que si no!...

Su horrible enfermedad era incurable. En algunas ocasiones, parecía que la inteligencia filtraba un tenue rayo de luz en su cerebro insuficiente; pero tan pronto como una idea le llegaba de coordinar otras para com-

prender la razón de las cosas, se obscurecía nuevamente su imaginación, y, á pesar de sus esfuerzos, no conseguía raciocinar, y terminaba por reirse estúpidamente de todo el mundo, porque todo el mundo era absolutamente incomprensible para él. Verdad era que, á excepción de su madre, na-

## LO QUE ELLAS PIENSAN



—¿Por qué dirán que el hombre es un animal superior?..

die se esforzó en explicarle algo de lo mucho que no entendía, sino que, al contrario, todos disfrutaban impíamente viéndole sumirse en sus absurdas cavilaciones, y las complicaban aún más con explicaciones tergiversadas. Únicamente Petruca, la hija del amo de la posada, parecía compadecerse del infeliz, y en algunas ocasiones le defendió de las chacotas del pueblo. Pero, cuando esto, á ella recurría Andrés cuando, anonadado por no com-

prender el sentido de algún insulto que le dirigieran, quería conocer el alcance de la burla. Y Petruca, siempre cariñosa con él, suavizaba todo lo posible la frase mortificante para que le hiciera menos daño el comprenderla.

A las burlas ya acostumbradas se unían ahora las indirectas de los mozos sobre los amores que se suponían entre su madre y el alcalde. Y tan insistentes iban siendo, que ya, á fuerza de oirlas, andaba Andrés ensimismado y meditabundo por desentrañarlas. En su cerebro danzaban confusamen-

### DE GEDEON



—Jovencitas: como va á llover, me ofrezco á acompañarlas...

—Pero ¡si no lleva usted paraguas!...

—No importa, vamos á mi casa por él...

te, y como sin relación alguna entre sí, las frases de «La Fragosa» y el señor alcalde... «El hambre resuelta»... «La ausencia del padre»... «La dignidad de la madre»... Y el inquietante desconcierto con que aquellas palabras é ideas, apenas iniciadas, batallaban en una imaginación desquiciada, amenazaban anular por completo el átomo de racionalidad que restaba al pobre idiota.

### II

La posada, situada en la plaza del Ayuntamiento, podía decirse que era el casino del pueblo. Allí se reunían los labradores todos los días festivos,

por las tardes, y entre consumaciones de café, vinos y otras bebidas, pasaban las horas jugando á las cartas, unos, y al dominó, otros. También en las noches de fiesta había reunión en la posada. Nunca faltaba allí Andrés, el idiota, siendo objeto de todas las alusiones mortificantes. La mayor parte del tiempo lo pasaba Andrés en animada charla con Petruca, la hija del amo, sin hacer caso de las frases irónicas que continuamente le dirigían para enrabietarlo.

Aquella noche, estaba la posada llena de gente; gente vieja en su mayoría, porque los mozos, siguiendo la costumbre del pueblo en la noche de Navidad, y sin temor á la inclemencia del tiempo, se dedicaban á rondar á las mozas, recorriendo las calles, provistos de guitarras y bandurrias, y cantando en cada casa coplas improvisadas por ellos mismos. Era proverbial que si algo se sabía de alguna moza, malo ó bueno, saliese á relucir en aquellas coplas, en las que agotaban su ingenio los que presumían de más listos. A muchos enamorados les había ocasionado la ruptura de sus relaciones aquella noche. Y más de una vez también, habían terminado las rondas á navajazos, pues el consumo del vino era extraordinario en ellas y lo que no ocasionaban las coplas molestas, lo originaba algún mozo completamente ebrio con sus impertinencias y bravatas.

Andrés, que no salía de ronda porque no tenía á quien rondar, según él mismo decía, se hallaba también en la posada, ensayando coplas que nunca terminaba y haciendo risibles cabriolas en medio de un corro de hombres que le habían inducido á beber más de lo debido. Cuando parecía cansarse y se sentaba en una silla amodorrado por los vapores del alcohol, le obligaban á tomar otro vaso, que él bebía inconscientemente, y se prolongaba unos minutos más el repugnante espectáculo. Pero al fin, agotada su débil naturaleza por aquellos excesos, se enfadó Andrés, se encaró con todos, y gritando que le dejaran en paz, tumbóse en un rincón del suelo, y se quedó dormido. Los labradores desistieron de seguir riéndose á costa suya, y reanudaron sus juegos de cartas y partidas de dominó.

Al poco rato, llegó hasta allí la voz

## INCONGRUENCIAS



—Chico, es muy tarde. Yo creo que nos debemos ir a la cama.

—Mujer, espera que descanse un poco.

aguamentosa de un mozo que acompañado de guitarras, cantaba en la plaza, frente al Ayuntamiento, esta copla:

«En casa de «La Fragosa»  
no le tienen miedo al hambre,  
porque si salió el «marío»  
ha «entrao» el «siñor» alcalde...»

Y una carcajada estrepitosa como la improvisación. Seguramente aquella sería la copla del año, pues no había otro asunto más palpitante, ni que más les intrigase, para ponerlo en solfa. Uno de los hombres que estaban en la mesa cercana donde dormía Andrés, dándole con el pie en la espalda, le dijo bruscamente:

—¿No has oído, «Lirón»? ¡Anda, repítete a tu madre el cantar pa que se entere!

—¿Qué... qué hay? ¿Qué cantar es ese?—preguntó Andrés, despertando con sobresalto—. Y el hombre le repitió la copla lentamente, como para filtrar en su pecho toda la ponzoña que contenía. Pero el idiota no hizo ademán alguno de comprenderla. Entonces, otro lugareño, remachando el clavo, le preguntó con ironía:

—¿Pero «s» que no tiés vergüenza, «Lirón»?

¿Vergüenza?... ¡Vergüenza!... Esa frase sí parecía entenderla, porque por ella vio pelearse á muchos hombres en el pueblo. Y rápido, Andrés de un brinco, se puso en pie y salió a la plaza de la plaza.

—¿Quién, quién ha cantao esto?—preguntó encorajinado el inconsciente. El que había compuesto la copla se adelantó guapamente, y encarándose con él, le contestó:

—Yo, yo la canté. ¿Y qué hay?

Después de un momento de turbación exclamó Andrés:

—¿Tú?... ¡Pues tú eres un sinvergüenza!

La consecuencia estaba prevista. Unas frases más insultantes, y Andrés, que rodaba al suelo molido á golpes por los rondadores. Uno de éstos le dijo con desprecio, cuando abandonaban la plaza:

—¿Más te valía averiguar lo que todo el mundo sabe y no meterte con los hombres!

Y el idiota, que se revolcaba en el suelo, llorando de rabia, inspirado por un relámpago de inteligencia, le contestó:

—Yo lo averiguaré...; yo lo averiguaré... ¡Y si no es verdad lo que decís, os romperé el alma!!

## III

Después de varios días de acecho, pudo Andrés descubrir al fin que el señor alcalde entraba y salía de su casa á horas intempestivas y con gran reserva. Sin embargo, no se le alcanzaba la transcendencia que pudiera tener aque-

## EN LA ESCUELA



El maestro.—Martinez: le he dicho á usted que no estudie con el libro debajo del pupitre. Si me obliga á repetir la orden, lo haré con peores formas.

—Ya lo creo que son peores!

llo, para que la gente se ríese de él más que nunca. Y convencido de su incapacidad para aclarar lo que veía de modo tan enigmático, recurrió un día á los consejos de Petruca, la única persona que no se burlaba de él en el pueblo.

—Ven, Petruca—le dijo—. Tenemos que hablar de un asunto muy serio.

—¡Bah! Alguna tontería de las tuyas será—replicóle la muchacha.

—No, no es tontería, que es muy serio y muy grave—protestó el idiota—. Y pa no cansate, como yo no sé explicame bien, te lo diré lo más pronto que pueda.

—Habla—asintió Petruca, algo interesada.

—¿Tú sabes lo que dice la gentuza de mi madre y el señor alcalde, no es verdad?—le preguntó él infantilmente.

—¡Naturalmente! Como too el mundo lo sabe—contestó ella.

—Bueno...—siguió Andrés—. Y si too lo que dicen fuese verdad, ¿quién sería el malo? ¿El ó ella?

—¡Toma! Pos tu madre.

—¿Por qué?—preguntó el idiota ávidamente.

—Pos... porque es una mujer casaa y

debe respetar la ausencia de tu padre—le aclaró Petruca.

—Andrés no le satisfizo la contestación, y preguntó:

—Y ¿por qué no sería el malo el señor alcalde?

—¡Anda éste!—exclamó la moza con enfado—. Porque el señor alcalde no entraría en tu casa si tu madre no le dejara.

Quedó el idiota un rato en silencio, y volvió á preguntar:

—¿Y tú crees que la gente se ríe de mí por eso?

—¡Quién sabe!—contestó ella encogiéndose de hombros.

—Bueno... Adiós—añadió Andrés alejándose de allí.

Durante algunas horas, vagó maquinalmente y pensativo por el pueblo. Las palabras de Petruca no le habían convencido. Seguramente que ella también se hacía solidaria con lo mozos para reirse de él. Su madre no era mala, no; no podía serlo. Aquellas entradas frecuentes del alcalde en su casa se le aparecían como una cosa borrosa é indefinida; pero su conclusión era siempre la misma, firme, invariable: su madre no podía ser mala. Y convencido de ello, se fué á su casa, tomó un hacha, que entre otras herramientas de labranza estaban abandonadas en el corral, y se dirigió á la posada. En ella, como día de fiesta que era, se habían reunido los lugareños. Dirigió una rápida mirada á todos, disimulando los propósitos que le inducían, y sin dar tiempo á que nadie pudiera evitarlo, descargó un tremendo hachazo sobre la cabeza de uno de los mozos que jugaban, y que rodó al suelo mortalmente herido, sin exhalar una queja. La gente, horrorizada, huyó del idiota como de una fiera. Y aprovechando aquella confusión, Andrés corrió á su casa, llamó á su madre imperiosamente, y esgrimiendo todavía el hacha ensangrentada, le dijo amenazante:

—¡He matao al que cantó la copla! ¡Lo he matao! ¡Y ahora mucho cuidado, porque ya no se ríe nadie de mí!

Su cuerpo se contrajo en una violenta crispación que le dió apariencia de algo espantosamente irracional; y después, quedó mudo, inmóvil, crispado por la fatídica rigidez de un ataque de tétanos que arrancó de su cuerpo el último soplo de su inteligencia...

## LO QUE ELLAS HACEN



—Tu amiga Anita me está haciendo el amor esta temporada

—¡Hombre, me gustaría saber quién era el

¡col

—¿Que otro?

—¡Al que ella quiere dar celos con él!

## La caída de las horas

**N**inón reposa. Son las doce de la mañana, y, á pesar de la vertiginosa carrera que llevaron las horas, para la soñolienta pecadora fueron lentas y monótonas.

El bullicio exterior de la gente y la copla popular entonada con desafiadas notas por un sexteto, que plantó sus reales bajo el balcón del gabinete, sácanla de su durmiente situación.

Sus labios encuéntanse resecos por el continuo libar en la nocturna bacanal, que pasó entre pollos andróginos y viejos viciosos ansiosos de su carne morena.

¡Siempre igual!

Pasan las horas, y vuelven á mul-

### INCONGRUENCIAS



—¿No me compra «usted» hoy el periódico?  
—No, hoy no. voy á casa del joven...

tiplicarse en la esfera de la vida, sin que las aspas agoreras del tiempo añoren nuevos horizontes. Vida automática, pasada entre tapizadas paredes de fingida alegría y el cotidiano festivo noctámbulo de los «cabarets» de moda.

Vida rutinaria de meretriz que ha llegado á ser célebre y deseada por ese mundo indefinido de la «gente que gana». Cuerpo que, cual el último gramo de la moda, es ansiado por todos y por todos despreciado, tan luego pasa la fiebre y surgen nuevas modas. Ninón desprecia esa vida

que lleva de lupanar en lupanar, á merced de la liviandad ruin de los mantenedores de sus caprichos.

Todas las horas del día háyalas de pasar bajo el poder carnal de sus adoradores; pero Ninón es frágil cual el cristal, y tiene un amante con quien solaza sus deseos de hembra ardiente en el transcurso de su corta libertad.

¿Cómo faltar á la hora en que visitala el obeso y opulento banquero Rodríguez de Gonzalo, que paga el abono del carruaje? ¡Ni tampoco dejar de ver, á las siete de la tarde, al fauno de D. Apolonio Gómez, quien, á pesar de no poder moverse de un sillón, gusta tener á su lado diariamente por unas horas á «su Ninón», á costa del bolsillo que abona las cuentas del joyero?

Otro tanto sucede con Paquito Díaz, ente gomoso y ridículo, que cubrela los gastos de la modista sólo porque le dedique las horas de paseo impuestas por él, con el fin que le vean sus amigos con la «mujer del día».

Dos ó tres amantes, amantísimos ante su presencia y detestables en su ausencia, completan el amargo horario cotidiano con el ímpetu vesánico del deseo.

Pero quien á Ninón hace olvidar por entero su horizontal cautiverio es «su amante», el mimado por ella, el que supo interesar su corazoncito casquivano y veleidoso con la miel de una prosa galana y franca que abotargara sus sentidos de exquisita aventurera. Por esto, Ninón llora en su mullido y perfumado lecho, y llora porque lamenta que las horas que pasa aherrojada á la lujuria de los otros no las puede ofrendar al amor puro y verdadero que le entrega su amante.

ANTONIO CINTOS SANTIAGO.

24-3-916.

**FOTO**grafías artísticas del natural. Catálogo detallado, 30 céntimos sellos; con varias muestras surtidas, 4 pesetas, sellos ó giro postal.

**L. Leonard, sucesor**  
Calle Padua, Barcelona.

# PASTORA IMPERIO ■ ■ ■ LIBRO DE INTIMIDADES

UN TOMO EN 8.º DE 130 PÁGINAS, 2'50 PESETAS

CONTIENE ESTE LIBRO: «El relicario de sus confidencias». — «Cómo empezó á bailar Pastora». — «La gloria del *début*». — «Los dos duros más bendecidos». — «Por qué pasó á llamarse *Pastora Imperio*». — «Un célebre baile de máscara». — «Los comienzos de la *Fornarina*». — «Los amores de la *Imperio* y el *Gallo*». — «La *Imperio* sueña con ingresar en un convento». — «La *Imperio*, en su hogar». — «Su devoción por la Virgen de la Esperanza». — «Caridad hermosa», etc., etc. — Una magnífica portada y profusión de fotografías. — Se envía á provincias, certificado, por 3 pesetas en sellos de Correos, ó Giro Postal. — Los pedidos, con su importe, únicamente á **Antonio Ros**, librero, **Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid**.

Exportación por mayor de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — **ON PARLE FRANÇAIS.**

## ANTES, EN EL LECHO CONYUGAL, Y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España. En Madrid, Fc, San Martín, Puerta del Sol, 15 y 6; Ros, Jacometrezo, 80. Se remite por correo, certificado, enviando 3 pesetas por Giro Postal á *Archivo*, Apartado 432, Madrid.

## CUATRO LIBROS INTERESANTÍSIMOS

«Misterios y secretos del lecho conyugal» (dos tomos con grabados).  
«Tortilla al ron» (un tomo de 260 páginas).  
«Páginas de Amor» (un tomo de 110 páginas, con grabados).

Se remiten, certificados, á provincias los cuatro tomos por seis pesetas. Al Extranjero van por siete francos ó un dollar.

LOS PEDIDOS, CON SU IMPORTE, ÚNICAMENTE Á ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMETREZO, 80, 4.º DERECHA, MADRID.

**Biblioteca privada.** — *Catálogos gratis, remitiendo sello de 0,50 pesetas.*

Exportación de revistas, periódicos y libros á España y Extranjero. — *On parle français.*

### LA INGLESA

PRIMERA CASA EN GOMAS  
HIGIÉNICAS

MONTERA, 35 (pasaje)  
y VICTORIA, 3, Ortopedia.

(Catálogo gratis enviando sello.)

### ESTABLECIMIENTO

### TIPOGRÁFICO DE "EL LIBERAL,"

Impresiones de todas clases. — Cartelería. — Comedias. — Revistas ilustradas. — Cartas. — Foliosos. — Memorias, etc., etc.

Marqués de Cubas, 7.-Madrid

Nº 1 mayo 1911 al Nº 253 abril 1916

- nº 51 no salió (hay 52 bis)

- año 1912 último nº 83 no salido  
en diciembre

- nº 248 hay 2 diferentes  
(26/11/16 y 4/11/16) y no 249

Contiene los 3 almanagues publicados

1914

1915

1916

COMPLETO

RARO

600 €

6 vols.

